

Cien años de superhombre

José Luis Vázquez Borau

Del Instituto E. Mounier. Barcelona.

Los anuncios proféticos protagonizados por Friedrich Nietzsche (1844-1900) a principios del siglo xx, anunciando una nueva aurora, la época del «superhombre», ya han dado sus frutos. Durante estos cien años transcurridos hemos podido constatar el horror del nazismo y del fascismo; el exterminio y la violación de los derechos humanos en algunos países de Latinoamérica y África; la caída del comunismo que encubría tantas miserias; las guerras como consecuencia de los nacionalismos excluyentes; la insolidaridad y la explotación de los países ricos frente a los países pobres; y la constatación que tenemos a diario de vivir en medio de gestos intolerantes, fanáticos y racistas, que surgen incluso de nuestras propias entrañas...

¿Cuántas personas se deslumbraron y todavía se dejan hoy deslumbrar por el «mito del superhombre»? Así expresa Nietzsche su descubrimiento: «Descubrí así hasta qué punto una raza más vigorosa debería proyectar en un sentido totalmente distinto la idea que se hiciera de una humanidad superior y magnificada: debería concebir unos seres superiores, más allá del bien y del mal, más allá de aquellos valores que no

pueden disimular su origen, pues proceden de la esfera del sufrimiento, del rebaño y de lo vulgar; yo he buscado en la Historia los primeros gérmenes de esa inversión del ideal».¹

Pasan los años, pasan los siglos, pero el mito de «ser como Dios», en su significación profunda, persiste trasformándose.²

Según Nietzsche hay que reinterpretar de nuevo el mito cambiando lo que desde Sócrates a nuestros días ha primado, lo apolíneo por encima de lo dionisiaco. El dios griego Dionisio representa la vida, el instinto, la fuerza, la voluntad de poder, el placer. El dios griego Apolo representa la racionalidad, el orden, los ideales. Para Nietzsche, «los juicios morales han perdido el carácter condicionado de donde salieron y que les daba un solo sentido; se les ha desarraigado de su suelo griego político para desnaturalizar/los bajo la apariencia de la sublimación. Las grandes concepciones bueno; justo; están separadas de las primeras condiciones de que forman parte; bajo la forma de ideas; que se han hecho libres, son objetos de la dialéctica. Detrás de ellas se oculta una verdad, se las considera como entidades o como signos de entidades; se inventa un mundo en el

que están como en su casa, un mundo del que proceden. En resumen: el escándalo ha alcanzado su colmo en Platón. Era necesario desde entonces inventar también el hombre abstracto y completo: el hombre bueno, justo, sabio, el dialéctico: en una palabra, el espantajo de la filosofía antigua; una planta separada del suelo; una humanidad sin ningún instinto determinado y regulador; una virtud que se «demuestra» por razones. Éste es por excelencia «el individuo» perfectamente absurdo. El más alto grado de la contra-naturalidad. En resumen: La demostración de los valores morales tuvo por consecuencia crear el tipo desnaturalizado del hombre: el hombre bueno; el hombre feliz; el sabio. Sócrates es un monumento de profunda perversión en la historia de los valores».³

La moral cristiana con su exaltación de los valores como la humildad, la abnegación, el arrepentimiento, el compartir los bienes etc., ha sido un factor fundamental en la consolidación de esta concepción «débil» de la existencia según este autor. Según Nietzsche Jesús fue utilizado por el grupo de sus seguidores judíos para construir una religión de débiles y de resentidos. Como fueron incapaces

ces, dice, de soportar la muerte de Jesús, buscaron una explicación y un sentido. Ya que no podían enfrentarse contra los sacerdotes del pueblo se inventaron la interpretación siguiente: el débil (Jesús) triunfa sobre los fuertes (sacerdotes). Así, los débiles son los preferidos de Dios. De esta manera el cristianismo defiende definitivamente la «moral de esclavos». Nietzsche se expresa así: «La rebelión de los esclavos en la moral comienza cuando el resentimiento mismo se vuelve creador y engendra valores: el resentimiento de aquellos seres a quienes les está vedada la auténtica reacción, la reacción de la acción, y que se desquitan únicamente con una venganza imaginaria. Mientras que toda moral noble nace de un triunfante sí dicho a sí mismo, la moral de los esclavos dice no, ya de antemano, a un fuera; a un 'otro'; a un 'no-yo'; y ése no es lo que constituye su acción creadora. Esta inversión de la mirada que establece valores—este necesario dirigirse hacia fuera en lugar de volverse hacia sí— forma parte precisamente del resentimiento: para surgir, la moral de los esclavos necesita siempre primero de un mundo opuesto y externo, necesita, hablando fisiológicamente, de estímulos exteriores para poder en absoluto actuar, su acción, es, de raíz, reacción».⁴

Contra esto contraponen Nietzsche un sí a la vida, sin ninguna referencia a la trascendencia, y sustituye a Dios, que representa el odio a la realidad, por el «dominio del mundo». Esto lo expresó Nietzsche con su tajante proclamación «Dios ha muerto». Uno de los argumentos fundamentales era que los valores tradicionales habían perdido su poder en las vidas de las personas. Estaba convencido que los valores tradicionales representaban una moralidad creada por personas débiles y resentidas que fomentaban comportamientos como la sumisión y el confor-

mismo porque los valores implícitos en tales conductas servían a sus intereses. Nietzsche afirmó el imperativo ético de crear valores nuevos que debían reemplazar a los tradicionales, y su discusión sobre esta posibilidad evolucionó hasta configurar su retrato del hombre por venir, el «superhombre».

Para él las masas se adaptan a la tradición, mientras su superhombre utópico es seguro, independiente y muy individualista. El superhombre siente con intensidad, pero sus pasiones están frenadas y reprimidas por la razón. Centrándose en el mundo real, más que en las recompensas del mundo futuro prometidas por las religiones en general, el superhombre afirma la vida, incluso el sufrimiento y el dolor que conlleva la existencia humana. Su superhombre es un creador de valores, que refleja la fuerza e independencia de alguien que está emancipado de las ataduras de lo humano envilecido por la docilidad cristiana, excepto de aquellas que él juzga vitales.

Nietzsche sostenía que todo acto o proyecto humano está motivado por la «voluntad de poder». La voluntad de poder no es tan sólo el poder sobre otros, sino el poder sobre uno mismo, algo que es necesario para la creatividad. Tal capacidad se manifiesta en la autonomía del superhombre, en su creatividad y coraje. Aunque Nietzsche negó en multitud de oportunidades que ningún superhombre haya surgido todavía, cita a algunas personas que podrían servir como modelos: Sócrates, Jesucristo, Leonardo da Vinci, Miguel Ángel, Shakespeare, Goethe, Julio César y Napoleón.

Ante tal posición, hay que decir que no se puede ser cristiano sin ser antes persona, es decir, radicalmente «ser humano». Y ser persona no es ser un ser humano «débil», sino reconocer en lo más profundo de nuestro ser que no

somos Dios, que somos criaturas, y, por lo tanto, seres creados, o lo que quiere decir, seres limitados. Esta humildad radical es la base de la fe, que, sin este terreno abonado, no puede crecer.

La persona que camina, día a día, por la senda de la humildad vive cada instante en Dios. Quien vive el presente de esta manera, no se preocupa por nada, si bien se ocupa de todo, como si todas las cosas dependiesen de sí misma. No teme lo que pueda acaecer, pues está en las manos de Dios, que es Bondad, Belleza y Verdad infinitas.

Unas personas creen que el secreto de todo está en el interés y que la humanidad se mueve por puro y simple interés, organizando según esto sus vidas. Otros creen que aunque el interés tiene mucha fuerza, es la justicia la que mueve la historia, por eso la meta y el secreto de su vida es implantar la justicia. Otras personas saben, finalmente, y que la historia en lo más profundo está movida por el Amor. Son aquellas personas que forjan su mirada en el encuentro con el Amor, lo que les permite acudir a lo esencial de los acontecimientos y de las cosas, para poder descubrir su sentido y orientación y no perderse en la superficialidad de los detalles.

Vivir el presente en plenitud es vivir en una actitud contemplativa, es decir, ver el mismo mundo pero percibirlo de distinto modo; vivir las mismas relaciones, pero apreciadas en otra profundidad; estar presente en las mismas situaciones pero vividas en otra dimensión. Es sintonizar con el fondo de las situaciones y de las personas.

Siempre vivimos en el presente, pero nunca lo podemos poseer, sino que, con sólo pretender hacer consciente el presente, se nos convierte en pasado, pues nuestro pensamiento ya pertenece a otro momento distinto del que recordamos. Vivimos en un presente



apoyado levemente entre el pasado, que ya no es nuestro, y el futuro, que todavía no es nuestro, ni podemos tener a nuestra disposición. Pero nuestra condición humana hace que lo presente no sea tan perecedero como para otros seres, para quienes lo pasado no existe en absoluto. Los animales no hacen sino dejarse arrastrar por la corriente del tiempo, en cambio, el ser humano puede sacar la cabeza, mirar al tiempo y así dominarlo.

Vivir del pasado, vivir de la memoria, es peligroso. Sólo el presente está vivo. El futuro no existe. Sólo hay vida en el presente, y vivir en el presente supone dejar los recuerdos como algo muerto, como historia, es decir, en todo caso para sacar lecciones para la vida y recoger las grandes intuiciones, pero lo que realmente importa es el ahora, viviendo abierto a las sorpresas que nos aporta la vida, siempre novedosa, para vivir lo inesperado.

Estar atentos al presente, como tan bien nos dice Agustín Altisent, monje de Poblet, implica «hacer bien lo que estamos haciendo como el mejor remedio contra cualquier turbación, la mejor sumisión

a nuestra condición humana».⁵ Y para ilustrar esto nos transmite una historieta de la tradición zen en la que un discípulo pregunta al maestro: «¿Cuál es la mayor sabiduría que me puede enseñar?» El maestro sonrió y, con su pincel, escribió esta palabra: «Atención», comentó el discípulo. «¿Y qué viene después?» El maestro sonrió y volvió a escribir: «Atención». «¿Eso es todo?», preguntó el discípulo. «Sin atención, la serenidad y la felicidad no están en parte alguna», respondió el maestro. «Con atención, la serenidad y la felicidad, si son posibles en este momento, están aquí y ahora». Claridad, calma y paz forman el clima de atención distendida del presente.

Vivir el presente mientras pasa y ser capaz de sonreírle sin melancolía, cuando se está yendo, eso es vivir el presente dentro de nuestros límites, a la vez que saborear la vida. Y en el presente nos visita Dios. Jesucristo nos enseñó que cada día tiene su pesar y que no tenemos que angustiarnos por el mañana, porque en la medida en que nos ocupamos, en cuanto podemos, de nuestro deber en el presente, aquél que viste los peque-

ños lirios del campo y alimenta los pájaros nos dará lo necesario y más.

Para el mundo es feliz quien tiene muchas riquezas que le permiten vivir opíparamente disfrutando de todo. Para Jesucristo no es feliz el rico, sino el que se hace pobre para ser libre para Dios y solidario con los más necesitados de este mundo.

Para el mundo es feliz el poderoso, el que domina, aplasta y avasalla. Para Jesucristo es feliz el no-violento, el que fundamenta su vida en la fuerza de la verdad y del amor. ¿Es ésta una «moral de esclavos» o la auténtica felicidad?

Esperemos y propugnemos cien y más años de auténtica humanidad, por el camino de la humildad.

Notas

1. F. Nietzsche, *Voluntad de Poder*, libro II, Introducción, § 14, en *Textos de los grandes filósofos: edad contemporánea*. Herder, Barcelona 1990, pág. 82. *Obras completas*, Ed. Prestigio, Buenos Aires 1970.
2. Gen 2, 8-10; 2, 15-17; 3, 1-7
3. F. Nietzsche, *La voluntad de poder*, en *Textos de los grandes filósofos; edad contemporánea*, Herder, Barcelona 1990, pág. 84.
4. F. Nietzsche, *La genealogía de la moral*, Alianza, Madrid 1975, págs. 42-43.
5. A. Altisent, «La atención al presente», *La Vanguardia*, Barcelona 10-3-2001.